

LECTURA

La verdadera **MAGIA**



- **H**ija, despierta, son las seis de la mañana y ya casi va a salir el sol.

- ¿Ya? ¡Brrr, qué frío! ¡y qué rápido se pasa la noche!

Como cada mañana, me levanto muy temprano para ir a buscar agua. Me cuesta, pero es el compromiso que tengo con mi familia desde hace cuatro años.

¡Bueno, que no me he presentado! me llamo Nyota, y vivo en una pequeña aldea llamada Chitima en Mozambique.

En la aldea no hay escuela, debemos ir a la aldea de Songo, por eso pocos niños y menos niñas aún, van. De mis tres hermanas mayores, ninguna fue a la escuela.

Aquí, los niños debemos ayudar a nuestros padres ya que en las familias no hay mucho dinero y ellos se pasan todo el día en el campo, cultivando el maíz. Lo más normal, sobre todo entre las niñas, es que desde pequeñas nos ocupemos de nuestros hermanos y de hacer tareas en casa hasta que, con quince años, nos casamos.

Pero yo siempre he querido ir a la escuela, como mi hermano Vidotto. Con diez años, empecé a dar la lata a mi padre, a pedir y rogar para que me dejase ir a la escuela. Me costó mucho convencerle. Los padres no ven con buenos ojos que las niñas no sigan el camino de cuidar de su familia.

Todavía recuerdo al señor Chirwa diciéndole a mi padre:

- Pemba, esa pequeña Nyota es tu debilidad. La estás haciendo caprichosa y te costará casarla. Ningún hombre querrá una mujer soñadora que lea y sea contestona. Eso no es bueno para ningún hogar.

Tanto pesaban estos comentarios en mi padre, que creí que nunca me dejaría. Pero al final, mis ruegos, y los de mi madre, sirvieron para convencerle. Claro, que mi padre accedió, siempre y cuando no desatendiera mis tareas en la casa: ir a por agua, cuidar las gallinas y ocuparme de mis hermanos.

Por eso me levanto tan pronto y salgo corriendo con mi bidón hasta el sendero que lleva a la fuente, donde me esperan mis amigas.

La fuente no está muy lejos, sólo a dos kilómetros, por lo que el camino no se nos hace tan largo, ¡por lo menos a la ida, que a la vuelta los bidones pesan lo suyo!



Al volver a casa, me lavo la cara, me coloco a mi hermano pequeño a la espalda, ¡sí, el trato implica que me lo lleve a la escuela! y salimos pitando. Algunas veces cogemos a nuestras madres un puñado de cacahuetes que compartimos por el camino.

Llegar a la escuela nos lleva un buen rato, ¡está a seis kilómetros de nuestro poblado! Menos mal que nos juntamos un montón de niños y niñas de distintos lugares y, entre charlas y canciones, el camino se hace menos duro.

Cuando llegamos a Songo, el sol ya hace tiempo que se despegó del horizonte y estamos cansados. ¡Pero nuestra maestra, mamá Brigitte, tiene poderes, y nos lo cura todo rápidamente!

Nunca olvidaré el primer día de clase. Cuando nos sentamos en nuestros bancos y la oímos, con su voz terrible y dulce a la vez:

- Abarí yako, watoto, que en mi idioma significa “Buenos días niños y niñas”, soy vuestra maestra, mamá Brigitte. Aquí aprenderéis a contar, y a leer y escribir en portugués, pero, además, voy a enseñaros un montón de cosas desconocidas para vosotros. Viajaremos a lugares remotos y descubriréis poderes que os serán muy útiles en vuestras aldeas. Pensad que hoy comenzamos una mágica aventura que puede cambiar vuestras vidas.

Todos nos quedamos callados, con una mezcla de ilusión y temor. Ella parecía dulce y terrible a la vez... como las hechiceras de las historias.

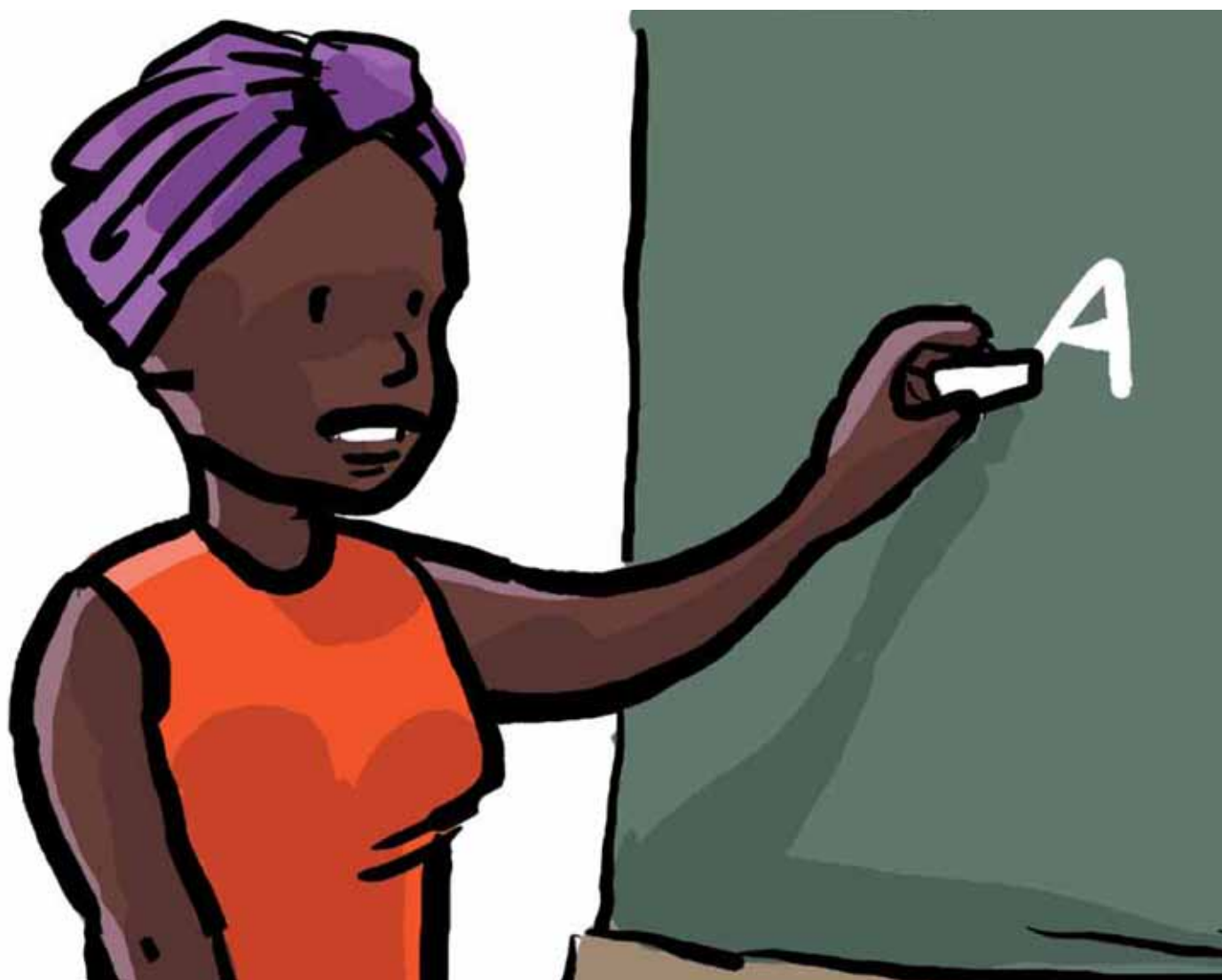
Desde aquel día, la maestra nos enseñó montones de cosas. Conocimos la existencia de muchos animales, desde las grandes ballenas que viven en el mar, lugar que ninguno de nosotros había visto, a los pequeños microbios, y nos contó secretos sobre las plantas y las enfermedades, y sobre muchos lugares diferentes y lejanos.

Y, sobre todo, nos enseñó los números, a leer y a escribir. Y eso nos fue dando la posibilidad de ver nuestras vidas de otra manera.

Cuando volvía a casa, yo contaba todo lo que íbamos aprendiendo en la escuela. Algunas cosas fueron muy útiles, como la costumbre de hervir el agua o la importancia de protegernos contra los mosquitos. Y yo iba teniendo más claro que me gustaría seguir estudiando, incluso algún día, aprender el oficio de peluquera. ¡Poder montar mi propio negocio en Tete, la capital del distrito!

Pero mi padre siempre me decía que dejase de soñar, que esas no son cosas que sucedan, que al final yo tenía que casarme como todas mis hermanas, como cualquier chica normal. Pero yo creo que está muy bien soñar y esforzarse para intentar que tus sueños se cumplan.

Como en la escuela sólo tenemos una clase y somos cincuenta y dos niños y niñas de todas las edades, mama Brigitte, muchas veces, nos pone, a los mayores, cosas en la pizarra para que copiemos, mientras ella está con los más pequeños.





Hace un par de semanas escribió una “pócima mágica” para curar a las personas con diarrea. Todos la copiamos con rapidez y prestamos mucha atención a sus explicaciones:

- Se llama Suero de Rehidratación Oral y, para fabricarlo, sólo necesitáis tres ingredientes muy sencillos y fáciles de encontrar, ¡hasta en nuestras aldeas!: agua, sal y azúcar.

En cuanto llegué a casa se lo conté a mi madre y ella dijo que se lo diría a la Señora Kadzala que tenía un hijo enfermo y con mucha diarrea.

La Señora Kadzala lo preparó siguiendo las indicaciones de mi mamá, y cuando, por fin, pudieron llevar al niño al dispensario de Tete, el médico les dijo que el suero le había salvado la vida.

¡Cómo volvieron de agradecidos a casa!, ¡hasta trajeron una gallina a mi padre! En ese momento, comprendí que nuestra maestra es una gran hechicera, que nos ha enseñado una magia muy poderosa: la magia del conocimiento..., la verdadera magia.

Ayer el señor Chirwa se acercó a mi padre y le dijo:

- Pemba, tu Nyota casi va a cumplir los quince años, y mi Kapinga es un buen chaval, muy trabajador; podríamos ir pensando en casarlos.

Mi padre me miró, me sonrió y le dijo:

- No amigo Chirwa, mi hija tiene, de momento, otras cosas que hacer antes que pensar en casarse. Es una chica trabajadora y con buenas ideas. Quiero que siga estudiando en el internado de secundaria de Tete y que aprenda un oficio..., como el de peluquera por ejemplo.

¡Vamos, que hasta he pensado que me gustaría que montase su propia peluquería!

Al escuchar a mi papá, me di cuenta del poder tan grande que nos da el ir a la escuela: **el poder de soñar y cambiar nuestras vidas.**

